

Nahui Ollin

Baluartes o víctimas

Beatriz Espejo

Carmen Mondragón (1893-1978) —la mítica Nahui Ollin— es una de las figuras más alucinantes del universo femenino mexicano. La locura y la belleza categórica de la modelo ejercieron una profunda fascinación en varios artistas de su tiempo, como el Doctor Atl, Manuel Rodríguez Lozano y Diego Rivera. Beatriz Espejo explora la compleja personalidad de la artista en este retrato de su trágica presencia.

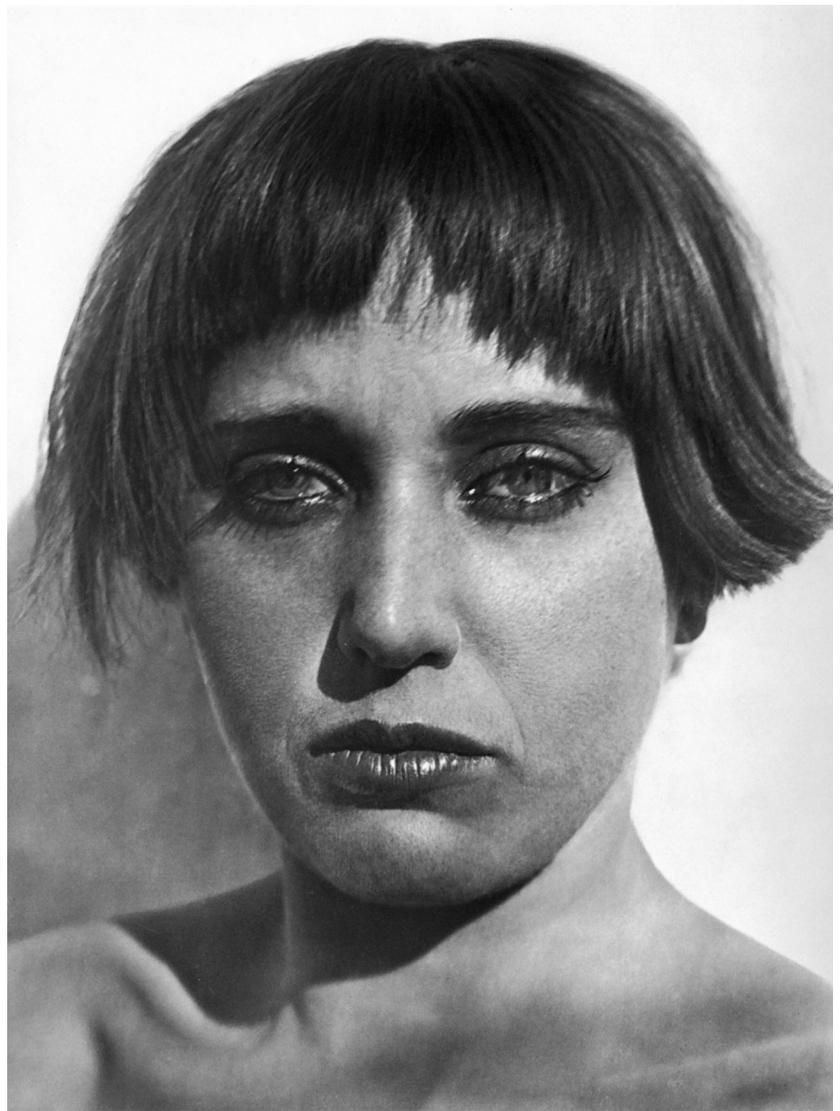
Lo primero que se me ocurre es compararla con Pita Amor. Eran hijas de familias connotadas. Se enamoraron de sus maestros en el Colegio Francés donde estudiaban. Bonitas. Y por ser bonitas fueron modelos de artistas plásticos. Desafiaron el qué dirán desde muy jóvenes. Rompieron entonces el papel establecido para las mujeres y fueron dueñas de su cuerpo. Se relacionaron con el mundo del arte. Se desnudaban cada vez que venía a cuento para mostrar la armonía de sus formas. Dieron mucho de qué hablar. Ejercitaron con mayor o menor fortuna sus talentos. Sufrieron el dolor de perder a su único hijo en circunstancias extrañas. Conocieron la opulencia y quizás antes de tiempo vivieron una vejez larga colindante con la locura recorriendo las calles de la Ciudad de México. Amenazaban con un paraguas o un bastón a los desaprensivos transeúntes que salían despavoridos. Pita planchaba la Zona Rosa. Nahui los alrededores de la Alameda donde alimentaba palomas o recogía gatos sin dueño, medio cojos y apaleados, lloraba con ellos en los brazos si los encontraba muertos y mandaba disecarlos para hacer una colcha que la abrigara por las noches. Rafael Coronel recuerda que cuando

estudiaba en San Carlos le dio un susto terrible acosándolo, como acosaba muchachitos, y que en ese tiempo la llamaban el Fantasma del Correo por su cara tan polveada, sus faldas cortas al estilo de los veinte y sus amplios escotes. Ambas, Pita y Nahui, en un momento dado, destacaron sus talentos. Y a las dos les sucedió algo curioso. Su leyenda, la publicidad que de una manera u otra atrajeron sobre sí, opacó el quehacer artístico que se propusieron y a la larga son más interesantes por su tormentosa vida que por su obra.

De Carmen Mondragón muchos dejaron testimonios. Diego Rivera aseguraba que al anochecer salía del colegio buscando amantes y que a él cupo la suerte varias veces de ser uno de ellos. Diego tenía fama de gran mentiroso por lo que sus historias suelen dudarse y al ver la fotografía del edificio de Santa María la Ribera número 33 con sus fornidos muros y su rejería tupida parece imposible que cualquier alumna hubiera podido entrar y salir tan campante a menos que tuviera un acuerdo con la hermana portera; pero las órdenes monásticas, incluso las dedicadas a la enseñanza, seguían a determinadas horas una regla estricta en la que se reunía toda

la comunidad. Sin embargo, independientemente de lo contado, es un hecho que Rivera tuvo ante la belleza de Nahui una fascinación indiscutible. La retrató varias veces con sus ojos verdes que casi le abarcaban la cara. En *La Creación* del Anfiteatro Bolívar de la Escuela Nacional Preparatoria, como la musa del erotismo; en el fresco *Día de muertos*, para la planta baja de la Secretaría de Educación Pública, junto a Lupe Marín y su autorretrato en una especie de triángulo amoroso; en el enorme mural sobre la *Evolución de la cultura en México* hecho entre 1929 y 1935 destinado a la escalera del Palacio Nacional, y la integró con un collar de varias hileras de perlas al cuello complementando figuras sobresalientes de la burguesía porfiriana en *Historia del teatro en México*, la fachada en mosaico vítreo del Teatro de los Insurgentes. De ser cierto que la conoció en las circunstancias que señala ante su biógrafa Loló de la Torriente,¹ habría que sacar cuentas, como bien señala Raquel Tibol. Carmen tendría catorce años y él menos de veinte al momento de ocurrir tales encuentros puesto que él viajó becado a Europa a fines de 1906. Pero entonces o después la belleza y personalidad de Nahui debieron impresionarlo y lo motivaron a pintarla una y otra vez junto al coro de personajes que ululaban cerca de él en una ciudad relativamente pequeña.

Aunque tratándose de Carmen Mondragón cualquier conseja es posible por ese afán suyo de resbalar pronto por los primeros escalones del derrumbe y después ir cursando como podía el prolongado tiempo que tardó en llegar hasta el fondo, como si cumpliera una condena antes de enterrar a casi todos sus contemporáneos. Las evidencias demuestran que se casó cuando Manuel Rodríguez Lozano tenía diecisiete años y ella tres más. Hacían una bella pareja y el retrato de bodas lo demuestra; sin embargo los observadores sagaces aseguran que ninguno de los dos parecía feliz. Era el 6 de agosto de 1913 y la suntuosa ceremonia se efectuó en la iglesia del Buen Tono recientemente construida, fungieron como padrinos el arzobispo José Mora del Río y la aún primera dama Sara P. de Madero. En este punto preciso se han tejido las más truculentas versiones. ¿Sería cierto que el general Mondragón ascendido a divisionario por el traidor Victoriano Huerta gracias a su decisiva participación en la asonada antimaderista había tenido encuentros incestuosos con su hija y homosexuales con el joven oficial de su Estado Mayor a quien quizá también había conocido virgen? Tibol casi lo sostiene sin ambages.² Y Homero Aridjis en una crónica impactante afir-



Edward Weston, *Nahui Ollin*, 1923

ma que Nahui Ollin, cuando lo invitó a su sórdida casa de techos altos en la calle de General Cano 93, heredada de sus padres, y donde creció y murió, que olía a rancio, hambre y soledad, varias veces estuvo refiriéndose a un incesto. Aridjis dijo a la letra: “En la conversación de Nahui Ollin había un tema recurrente, obsesivo, el de su padre, el de su infancia. Algo incestuoso, algo muy perturbador la hacía volver de manera constante hacia atrás, hacia un traspatio más lejano...”³ Encontraríamos entonces una explicación psicológica capaz de aclarar misterios. Todo se presta más a un cuento o a una novela naturalista o a una obra de teatro como *La prodigiosa* de Adela Fernández o a una biografía como la que firmó Adriana Malvido en 1999,⁴ que a un ensayo que describe esta degradación personal paulatina. De cualquier forma, el resultado del matrimonio fue

¹ Loló de la Torriente, *Memoria y razón de Diego Rivera*, Editorial Renacimiento, México, 1959.

² Ver *Nahui Ollin: sin principio ni fin*, Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, p. 508.

³ Homero Aridjis, “Encuentro con Nahui Ollin”, *Memoranda*, revista de la Subdirección General de Servicios Sociales y Culturales del ISSSTE, número 23, México, marzo-abril de 1993, pp. 45-47. Recogido por Patricia Rosas Lopátegui en *Nahui Ollin: sin principio ni fin*, p. 400.

⁴ Aumentada apareció la segunda edición en Ediciones Circe de Barcelona, 2002, 237 pp.

desastroso. La pareja salió a Europa siguiendo a la familia de la novia y quizá para sacudirse la infamia del parentesco con quien fue brevemente secretario de Guerra y Marina. Una desbandada semejante ocurrió entre la mayor parte de quienes tuvieron puestos de cierta importancia en el huertismo y, frente al curso de los acontecimientos revolucionarios y los caudillos que se levantaron en armas, sólo pensaron en fugarse rumbo a los Estados Unidos o a distintos países no obstante de que muchos eran intelectuales destacados aunque equivocados de bando.

Carmen y Manuel tuvieron un hijo cuya muerte ha dado lugar a muchas hipótesis. Según Andrés Henestrosa, ella lo asfixió en la cuna al descubrir que su marido era homosexual;⁵ pero ésa fue la historia que Rodríguez Lozano, destructor por naturaleza como lo demuestra su propia historia y los suicidios que lo rodearon, sustentaba entre sus discípulos y seguidores; según otros la asfixia ocurrió al quedarse dormida junto al bebé; unos más afirman que se les cayó por una escalera durante un

⁵ “Rodríguez Lozano había casado con Carmen Mondragón de extraordinaria belleza. Concibieron un hijo y esta mujer lo ahorcó al nacer. Con un trauma de tal naturaleza no resulta difícil deducir que Manuel se sintiera aterrorizado ante la paternidad. Quizá por eso trataba a las mujeres como si fueran adolescentes. No quería que engendraran”. Ver Beatriz Espejo, *Palabra de honor*, “Entrevista con Andrés Henestrosa”, Gobierno del Estado de Tabasco, Villahermosa, 1990, p. 73.

jaloneo. Cabe la posibilidad de que fuera una muerte natural como ocurre con muchos niños de pocos meses. Sin embargo esa leyenda negra persiguió a Nahui siempre. Vino la separación y el odio irredento. Sin embargo ésta fue entre sus relaciones la más larga en medio de tremendos conflictos. Todavía en diciembre de 1920 vivía con su marido en un departamento ubicado en Nuevo México 42. Estuvieron casados hasta 1921 cuando en una fiesta el Doctor Atl se sintió fulminado por su belleza y a pesar de la gran diferencia de edades existente acabaron viviendo juntos el año 1922 en la parte alta de lo que había pertenecido al claustro del ex Convento de la Merced. El encuentro fue deslumbrante sin importar las diferencias de edades. Encontraron la gran pasión que todos deberíamos vivir y la pagaron con experiencias sexuales y furias volcánicas. De la misma manera que él se había puesto un nombre náhuatl, en vez de Gerardo Murillo, rebautizó a Carmen Mondragón como Nahui (cuatro) y Ollin (movimiento) que ella usó con una sola ele.

Atl era un mitificador, un ocurrente y un genio pictórico. Junto con José María Velasco ocupa corona y cetro dentro de los paisajistas mexicanos. Glorificó el campo y los cielos de nuestro país. Contador de historias publicó algunos cuentos más notables por su argumento que por su factura. Influyó en escritores célebres y se embarcó con Carmen en un amor que debió



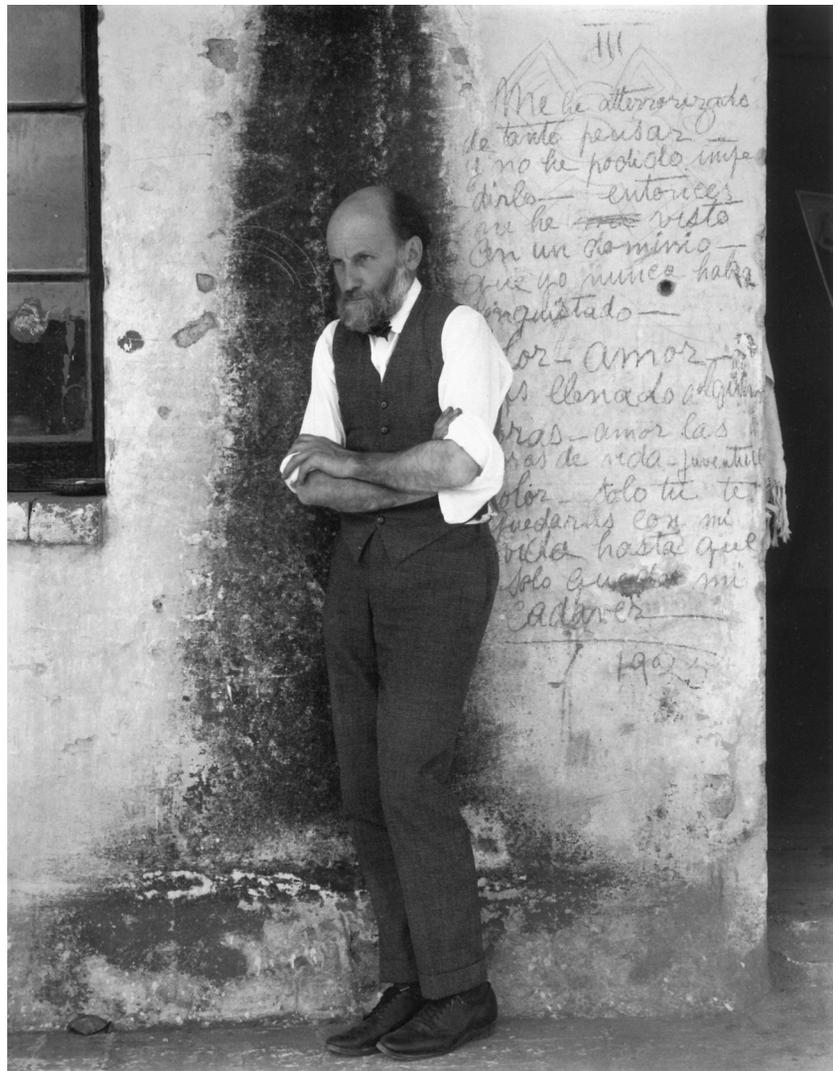
Edward Weston, *Diego Rivera*, 1924

dejarles honda huella a juzgar por las referencias que contiene el libro *Gentes profanas en el convento*,⁶ una auténtica joya donde describe al padre de su amante —que murió en San Sebastián, España, hecho un guiñapo por la enfermedad y la miseria—, en su cuento titulado “El bautizo del nene”. Luego vinieron las visitas de muchachitas atraídas por la fama del artista y por lo desprendido que era: regalaba bocetos, dibujos y óleos. Nahui debió convertirse en una tigresa dispuesta a triturarlo con sus garras y en un pleito de inimaginables proporciones, él la rapó. Así se originaron retratos extraordinarios conocidos como “Las pelonas”, en pastel sobre papel y carbón, además de que Nahui inspiró otros muchos cuadros, bocetos con pelo, con diferentes expresiones y desnudos. Muchos de los cuales pertenecen a colecciones particulares. En su mayoría muestran las facciones perfectas de una mujer fuera de lo común persiguiendo una visión cósmica del mundo. Al final, ella acabó llamándolo viejo loco y demás lindezas en un idioma muy parecido al que usó Lupe Marín en una manta colgada sobre su balcón para insultar a David Alfaro Siqueiros. Estas mujeres modelos de grandes artistas estaban convencidas de que pasarían a la historia de nuestra pintura y por tanto podían vociferar lo que se les diera la gana y sacar rencores de su ronco pecho sin control de su furia loca.

Para reconstruir sus amores, Atl recurrió a un artificio. Sostuvo que en una tumba del convento había encontrado un cántaro lleno de cenizas que se esparcieron por el suelo y dos paquetes. Uno contenía dibujos y pinturas que demostraban la hermosura excepcional de una mujer; el segundo guardaba un atado de seiscientas cartas que describían una entrega física inagotable siempre renovada y un aborrecimiento digno de Satán. Algunas de esas misivas se han perdido y es probable que no aparezcan nunca y porque a lo mejor no existieron en tal cantidad, posiblemente el número fue exagerado; pero se conserva una parte, ha sido estudiado y demuestra un lenguaje que llama a las cosas por su nombre y que incluso hoy día resultaría innovador y atrevido: “Te amo, te amo, desesperadamente, lujuriosamente, misteriosamente, como la vida, como la muerte... Perfora con tu falo mi carne —perfora mis entrañas, desbarata todo mi ser— bebe toda mi sangre y con la última gota que me quede yo escribiré esta palabra: te amo, y cuando esa sangre se haya secado: gritaré te amo”.

Carmen personificaba una belleza de cuerpo perfecto. Tenía además la desenvoltura de la niña rica y la audacia desprejuiciada de la mundana. Desde pequeña escribía notas y reflexiones que durante el resto de su vida la impulsaron a llenar con su cuidada caligrafía algo picuda al estilo francés libretas y hojas sueltas. El año 1924 dio a conocer (supongo que muy corregidos)

⁶ Ediciones Botas, México, 1950.



Edward Weston, *Dr. Atl*, 1926

bajo el título *À dix ans sur mon pupitre*⁷ algunos de sus primeros textos. Incursionó en la pintura recogiendo escenas campiranas que la inspiraban, gatos con ojos parecidos a los suyos y sobre todo momentos amorosos con amantes sucesivos. Se dudaría de si en el aparente descaro de retratar o dejarse retratar tantas veces su desnudez hubiera más que narcisismo un impulso de introspección. Sin técnica académica se le agrupó entre los artistas *naïf*, y su comentada megalomanía la llevó al ejercicio obsesivo de autorretratos frecuentemente llenos de gracia. En la época de su amistad con Atl tenía veintiocho años; él, cuarenta y cinco. Edward Weston los retrató por separado. De negro, en mangas de camisa pero con chaleco, Gerardo Murillo aparece frente a una barda sobre la que había escrito un recado para Carmen, al revés, a la manera de Leonardo da Vinci como si usara un espejo. Flaquito, menudo, semiencorvado, prematuramente viejo, calvo, presentaba una cara de sabio metido en profundas cavilaciones y una complejión demasiado frágil que no sugería a un atleta sexual. Ella fue tomada por una lente muy cercana, con el cabello trasquilado de hospiciiana que empezaba a crecer-

⁷ Editorial Cultura, México, 1924, 60 pp.



Edward Weston, *Tina Reciting*, 1924

le y se cuenta que detestaba esa imagen porque estaba desarreglada. En realidad es un estudio psicológico que Weston consideró su mejor trabajo mexicano. Lo interesante es que resultó premonitorio y se acercó como ningún otro artista al complejo espíritu de Carmen que también sirvió de modelo a Jean Charlot en una serie nutrida de estudios, a Rosario Cabrera en dos retratos, a Roberto Montenegro y a un fotógrafo que pocas veces se tiene en cuenta, Martín Ortiz.

Nahui era un caso clínico atrayente para quien no temiera acercarse a la boca de un volcán a punto de entrar en erupción o como para quien como Atl rehuyera un matrimonio estable. Pertenecía a la especie bíblica que dilapida sus bienes y derrocha sus talentos quizá por un trauma o una disfunción psicológica. Dejaba inconclusos cursos en los que se apuntaba en la Escuela Nacional de Música y Arte Teatral a pesar de que lograba realizar composiciones y hasta dar conciertos; en la Escuela Nacional de Bellas Artes y de Modelado donde tuvo como maestros a Leandro Izaguirre y a Arnulfo Domínguez Bello, y jamás continuó las clases de taquígrafía, mecanografía y comercio en las que estuvo inscrita. Parecería que se ponía obstáculos, que no hallaba su acomodo en este mundo, que era una flama consumiéndose a sí misma. No mandó a tiempo los papeles correspondientes para participar en la Bienal de Vene-

cia. Incapaz de controlar sus vehementes arrebatos ni siquiera por el cruel y el lento aprendizaje cotidiano, recorrió miserablemente la senda oscura de la vejez. Aco-gía esos gatos callejeros que tanto le gustaban, celebraba, dicen, sesiones espiritistas con focos que se le prendían en las manos y para mantenerse daba clases de dibujo en escuelitas secundarias y vendía como tarjetas postales los desnudos que le hizo Antonio Garduño para *Ovaciones* o algunos estudios de publicistas contratados por la Metro Goldwyn Mayer cuando pensaron transformarla en estrella hollywoodense, aventura que realmente ha quedado en el misterio como tantos otros momentos de su existencia aunque se les recuerde y se acabe poniéndoles el punto ortográfico de la interrogación. Anciana andrajosa, gorda, parecía una llorona que se castigaba pagando culpas abominables.⁸

Como parte de las celebraciones de nuestra Independencia consumada, Alberto Pani, que ocupó el cargo de secretario de Industria, Comercio y Trabajo y posteriormente fue secretario de Relaciones Exteriores y de Hacienda, patrocinó en septiembre *Las artes populares de México*,⁹ complemento de la primera exposición de artesanías que montaron Jorge Enciso y Roberto Montenegro. Atl quedó a cargo de la edición ampliada¹⁰ de gran formato y numerosas ilustraciones para las cuales anduvo recorriendo mercados del país. Nahui lo acompañaba y a lo mejor entonces alimentó el afán por imitar las técnicas populares. En el libro mencionado aparece en un puesto de loza de Coyotepec, Oaxaca, protegida bajo el sol con una sombrilla. La foto tomada con pésimo enfoque la revela tan vulnerable que se tiende a tomar como cierto el título de su poemario redactado en francés, *Câlinement je suis dedans (Tierna soy en el interior)*¹¹ dado a conocer mientras aún estaba con Atl, lo mismo que sus reflexiones sobre el pupitre y *Óptica cerebral. Poemas dinámicos*,¹² con una espléndida portada. Atl la captó sobre fondo negro, piel roja, cabellos rubios y ojos como telescopios y ella quedó a cargo de la tipografía muy de la época. Asombran sus vínculos con el futurismo y una originalidad que no se parece a ningún otro retrato de entonces ni de ahora. Poco antes, había participado junto con otros artistas que se quedaron para siempre entre nuestros clásicos en la exposición que causó revuelo y festejó también la consumación de nuestra Independencia. Presentó allí cuatro caricaturas bastante buenas; pero a pesar de que Atl hizo el cartel de la muestra no sucumbió ante sus encantos físicos y no se sabe siquiera si los detectó.

⁸ Ver Beatriz Espejo, *El paisaje como pasión*, Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, 22 de noviembre de 1994, pp. 29-30.

⁹ Cultura, 1921.

¹⁰ Secretaría de Industria y Comercio, Cultura, 1922.

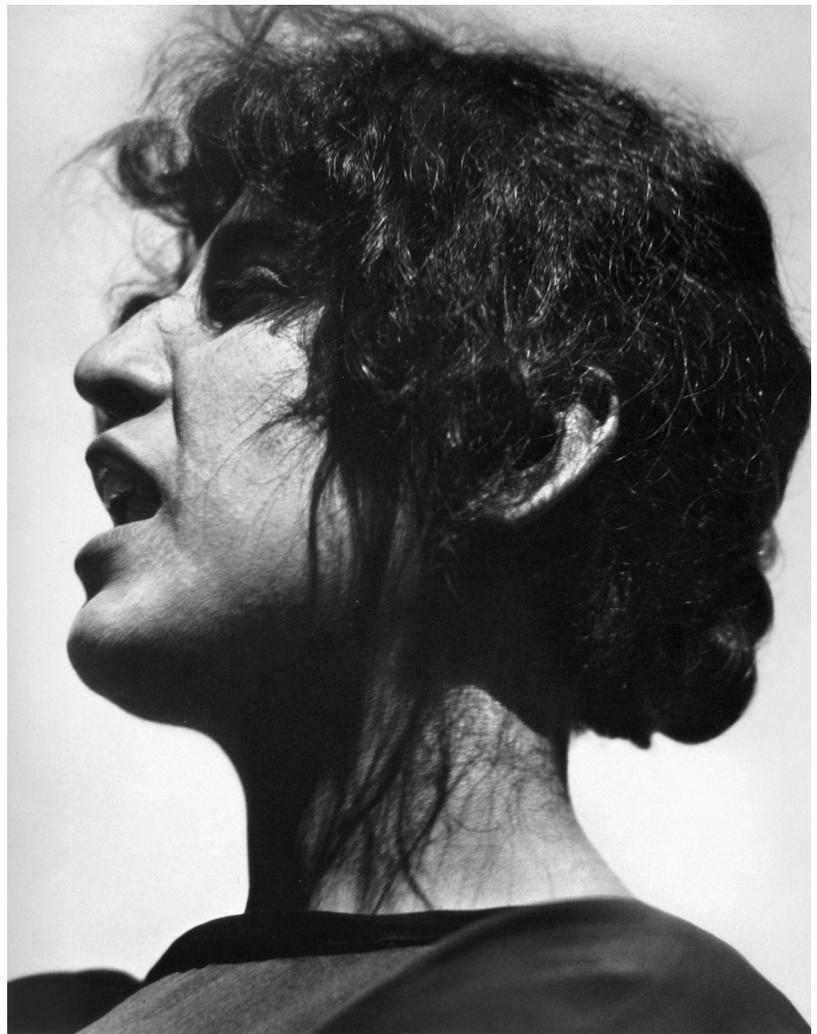
¹¹ Librería Guillot, México, julio de 1923, 150 pp.

¹² Ediciones México Moderno, México, 1922, 122 pp.

Cuando rompió con Atl en 1925, Carmen habitó unos cuartos en la calle Vidal Alcocer 101 sin importarle lo peligroso del rumbo como si desafiara riesgos y buscara situaciones escabrosas. Sus parejas posteriores fueron un bailarín profesional llamado Adolfo, que le servía de acompañante a corridas de toros y salones de baile; Lizardo con quien tuvo un corto romance más bien epistolar y a quien pintó probablemente a modo de venganza en formato mayor aprovechando el reverso de un paisaje firmado por Atl; Matías Santoyo que le inspiró un óleo sobre cartón muy interesante, sin fecha; Eugenio Agacino que consideraba su nexo más poderoso aunque terminó demasiado pronto por la intoxicación de mariscos y muerte del galán, a quien pintó entre palmeras en un óleo sobre celotex que bien merece revalorarse. Siguió un tal Orlando abogado profesional, casi desconocido. A partir de ese último desencuentro, nada. Había cumplido cincuenta años y los ángeles del cielo anunciaban su declive.

Los años treinta habían empezado a cubrirla lentamente de sombras, sin embargo en San Sebastián, invitada por sus amigos pintores, tuvo una exposición en 1932. Y dos años después expuso en el vestíbulo del Hotel Regis veintidós óleos que gustaron a la crítica. ¿Encontraron quien los comprara? Al parecer paradójicamente ella misma vendió a las colecciones de Bellas Artes un cuadro en cuyo reverso había otro paisaje de Atl que seguramente interesaba a los curadores. Más de diez años después Jorge Juan Crespo de la Serna reseñó tres de sus pinturas y en 1957 y 1966 Nahui participó en dos importantes exposiciones. Ya le habían negado la beca Guggenheim que la hubiera revalorado y había asistido probablemente con el alma contrita al vestíbulo de Bellas Artes donde velaron al Doctor Atl en 1964. Su propia muerte tal vez de neumonía ocurrió catorce años después, el año 1978. Luego vinieron las revaloraciones y elogios comprensivos que le tributaron diversos periodistas o escritores. Lo más significativo que se ha hecho se debe a los esfuerzos de Tomás Zurián, que también ha estudiado a Atl, quien se encantó con ella, reunió objetos que le pertenecieron y conservó como reliquias las trenzas rubias que ella usó en su adolescencia.¹³ Incluso valoró sus esfuerzos líricos, la voluntaria novedad de sus fórmulas métricas, le organizó una exposición individual, se ocupó de reunir cuadros que estaban dispersos y ha escrito textos autobiográficos.

Ahora aparece un enorme libro de 566 páginas publicadas por la Universidad de Nuevo León en las que Patricia Rosas Lopátegui recogió completa la obra literaria, mandó traducir algunas partes, juntó ilustraciones interesantes, entre ellas un excelente dibujo de una



Edward Weston, *Guadalupe Marín de Rivera*, 1923

mujer desnuda de espaldas en tinta china sobre papel, sin fecha ni firma, artículos y estudios que enfocan a su persona, redondeados por documentos, índices cronológicos, bibliográficos y hemerográficos, que son una ayuda invaluable para cualquier autor interesado en el tema. Los dos investigadores invirtieron años de esfuerzos para seguir las huellas de esta mujer olvidada durante décadas.

José Emilio Pacheco auguró, entre bromas y veras, que luego de tales homenajes iba a despertarse una nahuilomanía mundial como la causada por Frida Kahlo. Hay mucha diferencia. Frida es una creadora excepcional que si bien se inspiraba, a excepción de algunos retratos existentes, en su propia tragedia, llegó a la perfección de su pincel en muchos de sus cuadros, no únicamente en *Las dos Fridas* considerada su ópera magna, también en sus autorretratos de tehuana, con changuitos, acompañada con pericos y en tantos otros... De Nahui, Adriana Moncada sacó un antiguo artículo¹⁴ donde la considera baluarte del feminismo mexicano. Yo diría que fue una víctima. **U**

¹³ Dicho en un programa de IMER, "La mujer en el arte y la cultura", dirigido por Leonor Cortina.

¹⁴ Adriana Moncada, "Nahui Ollin, escándalo fotográfico de los años veinte y baluarte del feminismo mexicano", *unomásuno*, 9 de diciembre de 1992, p.30.